MARIA ELENA GÓMEZ-MORENO. Manuel Gómez-Moreno Martínez. Madrid, Fundación Ramón Areces, 1995.

La fundación Ramón Areces, siempre preocupada por cuantas cuestiones conciernen al saber científico y cultural, ha abordado la publicación de un libro tan exquisitamente editado como valioso para entrar en contacto con una de las cumbres de la investigación española. Se trata de la biografía de Manuel Gómez-Moreno Martínez, arqueólogo, lingüista, historiador del arte y en general persona de saber universal al modo de los humanistas antiguos, quizá uno de los últimos que en nuestro país han existido. En contraste con el momento presente, en que parece necesario especializamos no sólo en una materia sino en un campo específico de la misma, don Manuel Gómez-Moreno parecía tener un interés inaudito por todo lo que fueran las raíces de nuestro ser y de nuestra historia. Su amplia actividad, su precocidad y su longevidad (vivió mas de cien años) hace de su vida y obra una verdadera aventura del ser y del saber.

Hasta ahora, aparte de noticias sueltas y algunos artículos periodísticos, la fuente fundamental para su conocimiento era el Homenaje publicado por la Universidad de Granada, con motivo de su centenario, que vio la luz en 1972. Pero esta biografía que ahora se publica, exhaustiva y completa en cuanto recoge toda su vida, obra y perfil caracteriológico, viene a ser una fuente directa e indispensable para su conocimiento. La autora de la misma no es otra que su propia hija, María Elena Gómez-Moreno, que tanto por su familiaridad como por haber sido compañera y colaboradora en más de una ocasión en sus muchos viajes, nos ofrece una biografía tan exacta como vivaz. Y todo ello a pesar de que ella se queje en la introducción de que esta biografía la ha abordado

dado a los veinte años de haber fallecido su padre, con lo que sus amigos colaboradores y personas que más lo trataron en vida ya han muerto. Esto no es óbice para que la vida de don Manuel discurra por las 718 páginas del libro como si la contempláramos, unas veces a través de una ventana panorámica, otras sentados con él como en mesa de camilla, directamente, con perfiles perfectamente nítidos y claros, quedando expuestas ante nosotros todas las vicisitudes y circunstancias de su discurrir diario. Los contactos con amigos, dignatarios u otras personas, sus tareas investigadoras, los continuos encargos y participaciones en informes, excavaciones o montajes museísticos, todo fluye de forma clara y directa en el libro, sin que en ningún momento nos resulte oscura ninguna de las facetas de su larga vida. Uno de los mayores méritos de este trabajo, de por sí ya apreciable solamente por la figura del biografiado, es el que se expresa con gran claridad, exactitud y fluidez, de tal manera que podría pasar por novela de aventuras, pues como tal puede valorarse la vida de don Manuel: la aventura de la vida y la aventura del saber. María Elena GómezMoreno, que cuenta en su haber con una larga experiencia como historiadora, una no menos impresionante memoria y con la nada desdeñable edad de cerca de noventa años, es capaz de expresar con la espontaneidad y claridad de la eterna juventud que le anima, todo cuanto acontece en la vida de GómezMoreno. La circunstancia de que don Manuel mantuviera una estrecha relación epistolar con su padre, en los años de sus andanzas por Madrid y realizando los Catálogos Monumentales, y posteriormente una vez casado con su mujer, ha permitido establecer a la autora una historia del día a día, con una exactitud y minuciosidad imposibles de resolver de haber sido concedida sólo a la buena memoria de la autora.

Otro de los valores que tiene el libro es que en él se nos ofrece una perfecta síntesis de su biografía, pero íntimamente integrada y entrelazada con su actividad investigadora, docente y todos aquellos aspectos que conforman su discurrir vital, de manera que todos los perfiles que integran tan fuerte personalidad quedan perfectamente fundidos y nos ayudan a comprender mejor al personaje en toda su dimensión, tal y como él vivió, íntimamente ligado a su obra.

Arranca la biografía con un breve comentario sobre el origen de los Gómez-Moreno, allá por el siglo XVI, hasta unir el apellido en el XVII y por línea de varón perpetuarse en Granada hasta nuestros días. Su comentario más amplio se centra en el padre de don Manuel, el pintor, arqueólogo e investigador Manuel Gómez-Moreno González, que nos dejara tan bellas obras pintadas como jugosos estudios, de los que la *Guía de Granada* vale como suficiente aval de su capacidad y bien hacer. Gómez-Moreno Martínez, educado bajo la égida

paterna, con gran amor al arte, la historia y al trabajo honrado y discreto fue creciendo en edad y saber, siendo el viaje a Italia con el padre una de sus experiencias más subyugadoras y que más huella dejaran en el entonces niño de ocho años. La adolescencia discurre en Granada, profundizando en sus conocimientos y desazones, pues siempre fue persona de mucha inquietud y de difícil conformar. Su entrada a colaborar en el Centro Artístico, en las excursiones que éste organizaba, le familiariza con los monumentos granadinos y con las personas que en nuestra ciudad se interesan por su pasado.

Acabada la carrera y realizados varios viajes de formación, recala en Madrid, en los principios de este siglo, esperando la convocatoria de una oposición que a la postre nunca se realizó, pero ello fue circunstancia que le facilitó el encargo de realizar los primeros Catálogos Monumentales de España, tarea que suscita un comentario extenso en el libro, pues se trata de una de las aportaciones más trabajosas y al mismo tiempo más enjundiosas de don Manuel. A lomo de caballo, mulo, asno o a pie, parando en fondas o pensiones, donde las había, pernoctando con "la mala compañía de pulgas y chinches", va de pueblo en pueblo por las provincias de Avila, Salamanca, Zamora y León, pateándose todo este vasto territorio, entonces bastante atrasado y con todo por hacer en cuanto a investigación artística se refería. El resultado son sus catálogos monumentales, todos publicados a destiempo pero siempre buscados y solicitados por cuantos investigadores han pretendido introducirse en el arte de estas provincias. Entre medias don Manuel se casa con Elena Rodríguez Bolívar, persona de grandes prendas de bondad y amor a su marido, al cual acompaña cuando puede en estas primeras andanzas investigadoras. Empiezan a llegar los hijos y mientras su esposa y éstos quedan en Granada él sigue su procelosa vida por las tierras de España y ocupado en diversas investigaciones. Terminados los Catálogos que se le han encomendado, a sus treinta y seis años, trabaja afanosamente, viaja de Granada a Madrid constantemente y su vida profesional se encuentra sin asentarse al no ser convocadas las oposiciones por las que él pugnaba, ni en Madrid ni en Granada. Mientras tanto se crea la Junta para Ampliación de Estudios y a su sombra el Centro de Estudios Históricos, institución que habría de aportarle gratas experiencias y donde trabaría contacto y educaría en la investigación a figuras tan importantes como Torres Balbás. Sus compañeros de viaje serán figuras tan relevantes como Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal o Asín, entre otros.

Pudiéramos considerar que esta etapa de la vida de don Manuel, que ocupa sus primeros cuarenta años, es decisiva. Pero hasta cierto punto sus afanes investigadores, su continua movilidad y los rigores de la época le impiden asentarse vivencial y profesionalmente, para poder asegurar su sustento de

forma definitiva. Tan apretado se vio que incluso pensó en un determinado momento saltar el Atlántico y buscar un futuro más prometedor en tierras americanas. Pero en 1911 se decide a hacer el doctorado y buscar ese futuro incierto en la Universidad ante perspectivas favorables. Se examina de varias asignaturas y afronta su tesis doctoral con un tema ya elaborado en campañas anteriores como era el estudio de la arquitectura mozárabe. Puesto ya en situación de optar a una cátedra se traslada definitivamente a vivir a Madrid, no sin gran duelo en la familia, empezando por el padre, que quedaba en Granada pero, comprendiendo las circunstancias de la separación definitiva.

Siguen otros capítulos en los que María Elena Gómez-Moreno considera que su padre "entra en la normalidad", etapa que abarcaría hasta los años treinta "cuando la normalidad acabó para todos los españoles". Son años de profundización en amistades, de gran actividad investigadora y de sacar a la luz diversos estudios antes dormidos, entre los que destaca sus *Iglesias mozárabes*, *El mudéjar toledano*, "Sobre el Renacimiento en Castilla" o "El entrecruzamiento de arcadas en la arquitectura árabe", entre otros muchos trabajos de diversa índole artística, lingüística, histórica o arqueológica. Su saber es tan amplio y misceláneo que en 1915 entra en la Academia de la Historia, no por su saber en los campos ya descritos sino como experto epigrafista, a la que en distintos momentos de su vida se dedicó con verdadero interés. Su ingreso en la Academia de Bellas Artes se produciría bastantes años más tarde, en 1931. Sigue viajando a distintos lugares, ya con interés casi de divulgador, como la invitación cursada desde Buenos Aires, o acompañando a los alumnos en viajes universitarios, de los que destaca un exhaustivo viaje a Italia, descrito por María Elena con gran viveza por haber acompañado ella misma a su padre. La recuperación de estas instantáneas directamente vividas por la autora son sin duda de las más conmovedoras y bellas del libro, haciendo que el lector literalmente les acompañe por sus andanzas y en pocas palabras nos meta en situación de forma perfecta. Sirva de ejemplo el colofón del viaje a Italia: "Se había cumplido el viaje más largo, cansado, hambriento y maravilloso que realizó nunca el curso de Doctorado en Historia de la Universidad Central. De las mil pesetas por cabeza, sobraron ciento y pico". Cierra esta etapa de la vida de don Manuel su participación activísima en la exposición internacional de Barcelona, en la que se expuso un "collage" del arte español, y en la que el trabajo de Gómez-Moreno una vez más fue eficaz y discreto.

Nos acercamos a los años treinta en que si convulsa fue la vida de los españoles dicha agitación alcanzó también a don Manuel. Las referencias históricas y el enrarecimiento de la vida universitaria son perfectamente relatados por la autora, que sabe mantener prendido al lector en las abundantes páginas

del libro. A principio de la década le cabe a Gómez-Moreno alcanzar un cargo político como fue la dirección general de Bellas Artes, cargo que, como era de esperar dado su temperamento, no llegó a ocupar más de unos meses. “Estaba harto, le dolía el estómago, tenía abandonados todos sus trabajos y no había logrado las cosas que se propuso”; así de expeditivo y perfectamente reflejado queda su cese en tan incómodo (para él) cargo. No obstante bajo su dirección se llevó a cabo una de las tareas más interesantes en el campo de la conservación monumental como fue el traslado de la iglesia de San Pedro de la Nave, realizado piedra a piedra y en el que, una vez más, la autora ha sido testigo directo de excepción.

Llegan los penosos momentos de las revueltas republicanas en las que Gómez-Moreno intenta por todos los medios evitar los destrozos y saqueos de los revolucionarios. María Elena entra a analizar brevemente estas circunstancias y valora los avances mostrados en la enseñanza y otros niveles pero indica el talón de Aquiles de esta nueva situación: la profunda crisis social y económica. En estos años sigue la actividad de don Manuel, con nuevos viajes a Galicia, Marruecos y sobre todo un viaje que quedó marcado en la memoria de todos los que lo realizaron y entre los que se encontraba María Elena, lo cual le permite expresarlo con todo detenimiento y exactitud. Se trata del crucero por el Mediterráneo, del año 1933, en que estuvieron mes y medio de imborrable recuerdo, recorriendo Túnez, Malta, Egipto, Palestina, Creta, Rodas, Estambul, Grecia y Sur de Italia. La excursión no se limitaba a la visita directa de los monumentos, sino que previamente algún profesor exponía lo que iban a visitar y una breve introducción a la cultura de estas ciudades: era realmente un viaje de estudios en toda la extensión de la palabra. La precisión y el perfecto relato de esta aventura nos permite a nosotros no sólo ser espectadores literarios sino casi hacemos presentes entre medias de los excursionistas; son páginas de impagable frescura.

Los años 1935 y 1936 suponen un cambio radical en la vida de Gómez Moreno. En el primera se jubila como profesor de la Universidad y al año siguiente, cuando se encontraba de viaje en Santander con su mujer y los hijos solos en Madrid le sorprende la guerra civil. En estas terribles circunstancias y con el perfecto relato de las horas vividas en este primer revuelo, María Elena nos conmueve con la descripción de la visita de unos milicianos que irrumpen en la casa de los Gómez-Moreno para llevarse a don Manuel, el cual se salva por no estar allí en ese momento. Efectivamente Gómez-Moreno siempre fue una persona creyente y practicante y aunque no participó activamente en política (salvo el fugaz episodio de la dirección de Bellas Artes) estaba considerado como conservador. Llegado a Madrid y negándose a trasladarse

a ningún otro sitio se ve incorporado en la Junta de Incautación, Salvamento y Catalogación del Tesoro Artístico "que había funcionado con mucha incautación y poco salvamento". Con todo el trabajo desarrollado permitió proteger gran cantidad de obras de arte procedentes de saqueos o que se encontraban amenazadas en caso de un ataque de los nacionales sobre Madrid. Las actividades de esta junta, los sucesos del Madrid asediado y la salida de lo más selecto de la colección del Prado acompañando al gobierno de la República son relatados con toda precisión. "Sólo en este retiro en su intimidad ejercitó su pluma en aquellos aciagos días, cuando todo se descomponía en torno suyo". Mejor resumen no cabe de los penosos días vividos por don Manuel, a lo que había de unirse la muerte de su único hijo varón en circunstancias nunca aclaradas. "Mientras ésta duró (la guerra), el horror de lo vivido nos hacía idealizar lo del 'otro lado', y el comprobar que también allí había habido horrores, nos producía un desconcierto que apagaba la ilusión. Gómez-Moreno, que había tenido para la República en su comienzo un amplio crédito de esperanza, había visto hundírsele ésta, sin compensación al no esperar nada de la nueva situación". Esta frase resume perfectamente la profunda desazón de Gómez-Moreno en este penoso trance histórico.

Pero acaba la guerra, la vida sigue y don Manuel aún contaba con fuerzas para trabajar y reemprender su portentosa tarea, y a sus setenta años todavía gozaría de otros treinta de vida y casi de completa y lúcida actividad. "En Madrid seguía Manuel en la dirección del Instituto de Valencia de Don Juan y en sus actividades en las Academias, mientras continuaba sus estudios de Arqueología, Arte e Historia, apasionándose intermitentemente por una u otra materia, con lo que mantenía activa su insaciable curiosidad intelectual". Junto a él quedaban numerosos discípulos y otros nuevos que se acercaban a su humanidad y profundo saber: Sánchez-Cantón, Angulo, Lafuente, Mata Carriazo, Pita Andrade, Azcárate, Chueca Goitia, Gonzalo Menéndez Pidal, Casamar, Rafael Manzano y otros, formaban un elenco de lo que Lainez vino en llamar el "*Gomezmorenismo* ". La casa de don Manuel era lugar de encuentro y debate continuo de todo el que quería pasar un buen rato en cordial compañía y aprendiendo al mismo tiempo de tan magna persona.

La exploración de las tumbas reales en las Huelgas de Burgos, Guadalupe, Toledo y Sevilla le ponen en contacto con otro campo como eran los tejidos antiguos de los que sacó buena cuenta en esta incursión. Sigue María Elena en la descripción de nuevos viajes, la relación de lo que ella llama "honores y otras frivolidades" (varios nombramientos "honoris causa") y la afición de don Manuel por coleccionar obras de arte, que en la actualidad tiene su colofón feliz en la creación del Instituto-Museo Gómez-Moreno donde se exponen y guardan

guardan todos sus documentos y obras de arte atesoradas durante toda su vida. Fueron estos años, por otra parte, de gran actividad a pesar de la edad que ya contaba don Manuel, en los que nuevos trabajos de enjundia se venían a unir a los realizados en etapas anteriores. Imposible expresar aquí todo lo realizado, pero queda como cimera de esta etapa *Las Aguilas del Renacimiento español* obra que vale un currículum. Diversos artículos sobre epigrafía, ibera y visigoda, a la que dedica renovados afanes, historia, arte, arqueología siguen ocupando su tiempo, publicando en 1951 su *Arte árabe español hasta el siglo XII*, obra clave para el conocimiento del islam en España y única visión de conjunto publicada de las muchas lecciones impartidas desde su cátedra, que era precisamente de arqueología árabe.

Así llega don Manuel hacia el final de su vida y el libro al final de su andadura, sin disminuir en su frescura y brillantez, cerrando el relato el comentario apretado de su amplia bibliografía y el índice de la misma, con un apéndice de fotografías familiares y profesionales que nos acercan aún más al perfecto conocimiento del que fuera una de las personas más destacadas en la investigación histórico-artística de España y desbrozador de muchos caminos incultos.

Una advertencia he de hacer al que se encuentre interesado en la adquisición de este libro y es que el mismo no se encuentra a la venta en librerías, sino que debe ser solicitado a la Fundación Ramón Areces y ésta lo servirá gratuitamente. La dirección es: Centro de Estudios Ramón Areces S.A. Tomás Bretón, 21. 28045 Madrid.

José Manuel Gómez-Moreno Calera